

# Cuentos del paraíso desconocido

Antología última del cuento en Costa Rica

Selección y prólogo de José Manuel García Gil

C colección  
ALEMBÉ



algaida



La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© del prologo y de la selección: José Manuel García Gil, 2008

© de los textos: sus autores, 2008

© Algaida Editores, 2008

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-135-0

Depósito legal: M-21.544-2008

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# Prólogo

JOSÉ MANUEL GARCÍA GIL

*...los ticos son siempre así, más bien  
calladitos pero llenos de sorpresas...*

CORTÁZAR



## I

**R**ECUERDO QUE MI PADRE ME CONTABA QUE, EN UNA ocasión, siendo secretario de los Cursos de Verano de la Universidad de Sevilla en Cádiz, invitaron los organizadores a inaugurarlos a Salvador Dalí. A vuelta de correo la respuesta a dicha invitación no pudo ser más extravagante. Había buscado, decía el genial pintor, en un mapa la ciudad de Cádiz y no la había encontrado por ningún sitio, de modo que no podría inaugurar aquellos cursos estivales en un lugar que no existía. Al margen de la fiabilidad cartográfica con la que el de Figueres se moviera y de la absurda y provocadora excusa para no salir de su tierra ampurdanesa, me viene esta anécdota a la memoria no por la imposibilidad de hallar Costa Rica en cualquier mapa que se precie, un país que se extiende del océano Pacífico al Caribe: pacifista, democrático, tranquilo y ecologista, y cuyos canales del parque de Tortuguero, sus activos volcanes, sus aguas termales

o sus playas paradisíacas, constan como destino turístico de millares de personas, sino porque su literatura, es lo cierto, se hace difícil de encontrar en el mapa literario hispanoamericano, tal como le ocurre a la de cualquier otro país centroamericano. Es como si la lengua de tierra más angosta del planeta estrangulara, entre los dos océanos más extensos, la garganta de sus escritores y sólo nos llegara la voz de los de arriba, mexicanos y cubanos, o la de los de abajo, colombianos, venezolanos, argentinos, peruanos, chilenos... A los lectores, a los críticos, a los estudiosos de la literatura hispánica, les suele ocurrir con la literatura centroamericana, en general, y con la de Costa Rica, en particular, lo que a Dalí con aquella invitación a la ciudad de Cádiz: no la encuentran en el mapa.

Desde siempre, este determinismo geográfico ha hecho que el conflicto, la fractura y el choque de fuerzas sean en Centroamérica señas de identidad. La zona es una olla a presión que, al mismo tiempo, destila palabras rabiosas. No sin razón el escritor Pablo Antonio Cuadra dijo una vez que la mejor literatura latinoamericana venía de Centroamérica: el Popol Vuh, Bernal Díaz del Castillo —para Carlos Fuentes el primer gran novelista de Latinoamérica—; Landívar, el último gran poeta neolatino de la literatura universal (*Rusticatio mexicana*); Rubén Darío; Miguel Ángel Asturias; Cardoza y Aragón; Augusto Monterroso; los poetas de la vanguardia nicaragüense. A pesar de esta

tajante afirmación, no parece que exista unidad literaria en América Central. Impera la balcanización y la carencia de apoyos. Los escritores de un país conocen poco a sus colegas vecinos. Aparte de escribir en castellano y de haber nacido en ese determinado istmo del planeta, los autores expresan diversas búsquedas estilísticas, tan diversas como lo fueron en su momento las de los mencionados Darío, Asturias, Monterroso o la del injustamente olvidado Roque Dalton.

Dentro de esa desunión, Costa Rica representa una *rara avis*, un país exento de lo paradigmático, con un pasado colonial escaso, una tímida herencia indígena —su proceso de colonización duró siglo y medio y causó el virtual exterminio de los pueblos indios—, un país que nunca ha sufrido una intervención directa de Estados Unidos y cuya población se mantuvo aislada durante años de cualquier vinculación con el Caribe. Un país al que, en contrapartida, le pesa el olvido, la ausencia de conflicto, a la hora de crear una literatura desenraizada de los mitos políticos de una nación igualitaria, consensual, anticentroamericana, anticaribeña, y cuya narrativa prácticamente no ha participado de Latinoamérica porque, como señala el escritor Carlos Cortés, no puede acogerse a ninguno de los estereotipos de la literatura latinoamericana: La Revolución, El Dictador, La Selva, La Guerrilla, El Guerrillero, El Indio, etc. Ese discurso consensual de la que, el propio Cortés llama de un modo un poco

caricatural, «la Suiza centroamericana», empezó a fragmentarme en los años setenta y se rompió del todo en los ochenta. La complejidad de ese complejo de apartamento, de sentirse paraíso desconocido en ese quebradizo brazo americano, nos dijo que Costa Rica no tenía fuerzas armadas, pero olvidó decirnos que tenía cuentistas excelsos, poetas notables e interesantes novelistas.

Claro que fue el relato siempre uno de los géneros preferidos por los escritores de América Central. Vocación cuentística que ha permitido que sus narradores hayan ampliado las fronteras literarias del género y contribuido a su popularización en castellano. A la tentación del relato no escaparon ninguno de los tres pilares ya mencionados: Rubén Darío (innovador cuentista en la vena sobre todo de lo fantástico), Miguel Ángel Asturias (inolvidables sus *Leyendas de Guatemala*) y Augusto Monterroso (relatos y microrrelatos creados con maestría). Una vocación que persiste y no se olvidan de señalar recientes antólogos como Eduardo Becerra, Enrique Jaramillo Levi o, ya hace algunos años, Alberto Fuguet y Sergio Gómez, editores de aquel irreverente *McOndo*.

Así, en los últimos tiempos, han aparecido tres antologías del cuento centroamericano: *Líneas Aéreas* (Lengua de Trapo. Madrid, 1999) que incluye, por Costa Rica, a Carlos Cortés, Uriel Quesada y Rodrigo Soto; *Pequeñas resistencias 2. Antología del cuento cen-*



*troamericano contemporáneo* (Páginas de Espuma. Madrid, 2002) preparada por el profesor y el escritor panameño Enrique Jaramillo y en cuyo índice constan los siguientes autores costarricenses: Rima de Vallbona, Samuel Rovinski, Rodrigo Soto, Myriam Bustos Arratia, Carlos Cortés, Alfonso Chase, Carmen Naranjo, José Ricardo Chavés, Julieta Pinto y Alberto Cañas y *Los centroamericanos* (Alfaguara, 2002), selección preparada por José Mejía, y que incluye a Rodrigo Soto por Costa Rica. Esta última obra recopila, sobre todo, autores importantes de inicios o mediados del siglo xx, mientras que *Líneas aéreas* y *Pequeñas resistencias* se concentran en el cuento contemporáneo. De cualquier forma, los autores que predominan son quienes nacieron entre 1940 y 1960.

## II

El escritor Álvaro Quesada, al reflexionar sobre la nueva narrativa costarricense que surge en las últimas décadas del siglo xx, señala una ruptura del tradicional equilibrio entre la cultura rural y urbana; su discurso, vinculado con posiciones posmodernas, plantea desde una posición distanciada y transgresora, la reivindicación de las culturas marginales y de la contracultura, así como la revisión crítica de los mitos y construcciones ideológicas y culturales sobre los

cuales se construyó el nacionalismo y la cultura oficial costarricense en el siglo xx: la democracia, la excepcionalidad y el progreso.

La década de 1960 marca, según Quesada, el inicio de un renacer en la narrativa costarricense, relativamente estancada en los años 50 tras el florecimiento de los 40. Probablemente el hecho de haber tenido una generación de narradores muy fuerte en esa década («integrada», entre otros, por José Marín Cañas, Carlos Luis Fallas, Joaquín Gutiérrez, Fabián Dobles, Carlos Salazar Herrera, Yolanda Oreamuno, Luisa González, etc.), la cual produjo una narrativa no solamente comprometida con su entorno y su devenir histórico, sino de gran calidad literaria; haya generado, de alguna manera, el mito de una Costa Rica como país de narradores que extienden su magisterio a las generaciones posteriores. Quienes comienzan a publicar en esos años 60 pueden ser ubicados por su edad y formación ideológico-literaria en diversos grupos, aunque en su producción y en sus actividades literarias interactúan y coinciden cronológicamente como si formaran una misma promoción: Carmen Naranjo (1931), Fernando Durán Ayanegui (1939), Alfonso Chase (1945), Gerardo César Hurtado (1949). A ellos cabría agregar el nombre de la escritora chilena Myriam Bustos (1933), quien reside y publica en Costa Rica desde 1976. La década de 1980, por su parte, marca el ingreso de una nueva

promoción de narradores donde figuran, entre otros, Linda Berrón (1951), Anacristina Rossi (1952), Hugo Rivas (1954-1992), Rodolfo Arias (1956), José Ricardo Chaves (1958), Alexander Obando (1958), Adriano Corrales (1958), Dorelia Barahona (1959), Alfredo Aguilar (1959), Carlos Cortés (1962), Rodrigo Soto (1962), Jacques Sagot (1962), Uriel Quesada (1962), Guillermo Fernández (1962), Sergio Muñoz (1963) o Fernando Contreras (1963). Y ya dentro de las últimas promociones podríamos citar, entre otros muchos narradores, a Alí Viquez (1966), Alfonso Chacón (1967), Jessica Clark (1969), Catalina Murillo (1970) Evelyn Ugalde (1975), Guillermo Barquero (1979) o Albán Mora (1985).

En los últimos años del siglo xx se gestaron en Costa Rica, como en todo el planeta, cambios radicales y vertiginosos en todos los ámbitos; cambios que revolucionaron las formas consabidas de imaginarse a sí mismo y de situarse en la sociedad o el mundo. Los fenómenos ligados a la «globalización» o la «posmodernidad» replantearon desde nuevas perspectivas viejos problemas, ya crónicos, asociados con diversos proyectos «modernizadores». La cultura de la competencia y del mercado, la idea de un individualismo autárquico, la agresividad y la violencia, los discursos ligados a las posiciones distanciadas o transgresoras, la reivindicación de culturas marginales, la revisión crítica de los mitos y construcciones

ideológicas que sirvieron de base a los estereotipos y comportamientos difundidos por la cultura oficial a lo largo del siglo xx constituyen la experiencia vivida por el grupo de escritores que conforman esta antología. Han contemplado un mundo complejo y cambiante desde el ascenso de los ideales revolucionarios de los años 60 hasta el «fin de las utopías», desde el imperio del nuevo capitalismo globalizado hasta el «posmodernismo» encarnado en la desesperanza de principios del siglo xxi.

De ahí que constituyan un grupo que oscila —de un autor a otro y de un texto a otro— entre el entusiasmo y el desencanto. Con un hueco tras los Macondos y los McOndos, los valiosos nombres que componen este libro nos llegan sin ruido, —una literatura, la de Costa Rica, con apenas presencia entre nosotros— explorando el mundo y el lenguaje de los excluidos y marginados, sus estrategias de autoafirmación y supervivencia, sus esfuerzos por confirmar la dignidad, el amor o el porvenir en un mundo dominado por la miseria, pero cuyas únicas perspectivas no van a ser sólo la violencia, el crimen, la droga y la prostitución. La incorporación de áreas de la vida social censuradas en el discurso literario tradicional (el ámbito de la vida sexual, las relaciones homoeróticas, lo escatológico e indecente) y el uso de procedimientos como la ironía, la sátira o la parodia, el humor irreverente, las reversiones y travestismos carnavalescos y desacralizado-

res, no serán también una manera de responder a esa situación.

La idea de una esencia de lo costarricense, de particulares rasgos raciales, políticos y culturales, empieza a erosionarse y a dispersarse. Como Carlos Cortés indica «la literatura de Costa Rica de la última generación participa de tres tendencias de la literatura centroamericana actual, que también son parte de la más reciente literatura latinoamericana:

1. Literatura «poslatinoamericana»: Latinoamérica ya no existe, desde un punto de vista literario, pero podemos aprovecharnos de la carroña y roer sus huesos. Latinoamérica ya no es el territorio de la mancha que está entre Fuentes, García Márquez y Cortázar, sino que es lo que le da la gana ser, hable de lo que quiera hablar; susurrar —intimismo y minimalismo— o gritar —como en Centroamérica, con la estética de la violencia—.

2. Demolición de los mitos tropicales, de los íconos nacionales y de las imágenes de la modernidad, lo que implica no tanto una revisión de la historia oficial como una subversión y una violación de lo no dicho, de lo indecible, de lo vergonzante. En el caso de Costa Rica, el mito mayor es que no hay nada de qué escribir y que como somos el país de la eterna primavera y de la democracia eterna, ¿para qué novelar algo que no fueran cuadros de costumbres?

3. Encrucijada entre la historia personal y la historia social: creo que por primera vez en la literatura costarricense no hay ningún escritor que no escriba desde la historia, desde su contemporaneidad, aunque haga ciencia ficción. No digo que la incluya en su texto, por supuesto, pero cuando escribe parte inevitablemente de su circunstancia histórica.»

Durante las dos últimas décadas los escritores de Costa Rica han levantado una literatura menor, en primer término con respecto a América Central y, en un ámbito más amplio, con respecto a Latinoamérica. Es la época de las migraciones, de las tecnologías, de los medios sofisticados de comunicación y de la soledad del cristal líquido más terrible. La época de una literatura que, según Uriel Quesada, hace veinte años no tenía interés político y ahora no tiene interés de mercado.

Y no se trata de que nos encontremos ante un panorama narrativo deficiente, sino muy al contrario, la literatura en Costa Rica goza de buena salud, pero lo peor, no se conoce bien fuera de sus fronteras. Esto último, obviamente, es una debilidad del «mercado del libro» y del movimiento literario costarricense, de los editores, de los críticos y profesores. Además, las editoriales españolas son muy recatadas a la hora de incluir a Centroamérica en sus catálogos por miedo a pérdidas económicas.